

DE BUENAS LETRAS

La siembra

JUAN CARLOS FRIEBE De la Academia de Buenas Letras de Granada

Hace algunos días entré en un bar cualquiera de nuestra ciudad para tomar un café urgente. En el de siempre, dado que nos conocen bien a mí y a mis prisas por llegar con apuros de tiempo al trabajo, no tardo ni cinco minutos en proseguir camino, pero estaba cerrado por vacaciones. Ya conocía la noticia del intento de asesinato de Salman Rushdie. Un televisor me recordó el pavoroso suceso y no pude evitar, casi para mis adentros, que se me escapara un taco grueso que no pasó desapercibido al camarero.

Solemos esperar que sobre ciertos aspectos básicos todo el mundo piense más o menos como nosotros, por cuanto fuimos educados en cierta conciencia de que la pena de muerte es un mal mayor: que no tenemos derecho a privar de la vida a nadie, salvo en circunstancias excepcionales, léase en legítima defen-

sa, que, aun así, tampoco es un derecho absoluto. «El que siembra tormentas...», musitó él para que lo oyera. Rezongué, sin entrar al trapo. Insistió en tentarme con la muleta. «Ellos no son como nosotros, que lo aguantamos todo».

Mugí, rumiando una respuesta que se me hacía una bola de estiércol en el alma. Escarbé la solería desde el taburete: me reconozco res, y me declaro mansa, pero con arrestos suficientes para darle un susto al más pintado. Pensé en preguntarle si había leído el libro por el cual aquel clérigo había decretado la muerte de Rushdie, pero no quise ofenderle con una pregunta retórica astifina, y utilicé argumentos femorales: no hay Dios que pueda justificar el asesinato por algo escrito en un libro que ni siquiera el asesino ha leído, y en el que supuestamente se blasfema contra un Dios, que tampoco. Fue peor.

Y a peor. Sacó a relucir la caricatura de Mahoma de Charlie Hebdo, y volvió a arriarse a mí para citarme junto al burladero con aquella atroz masacre: yo no quería embestirle, pero él me buscaba. Reculé contra las tablas, humillé la testuz. Entendí que él mandaba en la plaza y siempre tendría la última palabra sobre la vida y la muerte de los demás, al menos en su coso. Inútil insistir. Le pagué con calderilla y hasta dejé cinco céntimos de propina y de desprecio. Cuando salí del inesperado encierro, mi tristeza rozaba la depresión: que haya quién sabe cuántas personas que exculpen la terrorífica maldad de la ignorancia, me conmovió. Menos mal que mis prisas, el sábado, se debían a que tenía cita en la peluquería, y no en el barbero. Una conversación parecida, y quizá también a mí me hubieran rebanado el cuello.